


LOS HIJOS DE LA VENGANZA

Ricardo D. Pino García



 Círculo Rojo
EDITORIAL



Primera edición: septiembre 2020

Depósito legal: AL 1831-2020

ISBN: 978-84-1374-160-4

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Ricardo Dacio Pino García

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Imagen de cubierta: DepositPhotos.com

© Ilustración de interior: AbbissArt

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

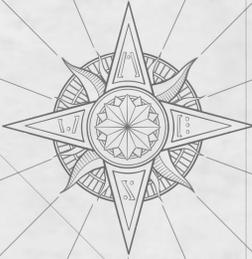
info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.



Mar del Oeste

ULMEDNAR

HIARLAN

Tonsberg

Götnar

SKINGRASSFJALL

Peño de Ymir

Bosque de Dioses

Golfo Elydiano

Lago Helado

Río de la Sal

Indraforth

Bosque de Rothvell

Villa de la Ladera

OSTHILOR

Despeñagato

Huerta de Thyna

Guardia Gris

Bastión Guardia Ventosa

DORLAND

Lago Frisna

Lago Envill

Eusgalith

Nueva Villa

Imlanor

VALAS CHÁLATHAR

Bosque Verde

Cruce del Hierro

Arenvill

Paraje de Girthur

Argar Sul

Baumniuk

Tähr I

Bahía de los Tres Reyes

SUNG

Océa

E-PHE-LIA

INNAE EDRI LAI

Erinn Nacch

Alessar

Iargodron

NEVELTHIA

VARGEORINNA

THERIORAI INNAE



SVELLAND

FAROK

ISLAS SKAAL

NUNGARD

FORTLAND

VERLAND

ARD

IVATHIA

Mar de los Corales

no Zafiro

I. 347 D.A.

Prólogo

Nevelthia, la tierra que fue bautizada por los altos elfos bajo este nombre tras estos arribar a sus costas desde el oeste. En su lengua significa «Nueva Tierra», pues su descubrimiento supuso un nuevo comienzo para su pueblo. En ella erigieron ciudades blancas y tan altas que sus grandes torres parecían tocar el cielo. Conigo trajeron su cultura y sus costumbres, además de sus avances y su lengua. Sin embargo, y para su sorpresa, su civilización no fue la primera ni la única en surgir allí, pues otros pueblos ya poblaban el continente antes de su llegada. Los enanos, grandes mineros y arquitectos, ya moraban el interior de las cavidades montañosas desde hacía siglos. Los hombres, dispersos en diferentes tribus, ya poblaban los vastos territorios del centro y el norte. Pero, de entre todas aquellas sorpresas, la mayor de ellas fue descubrir que en lo profundo de los grandes bosques del este habitaban unos seres con los que guardaban un gran parentesco. Eran elfos, al igual que ellos, aquellos que con el tiempo pasarían a ser conocidos como elfos silvanos.

Estos colonizadores comenzaron a poblar y explorar Nevelthia hace más de mil años. La península que ellos bautizaron como Ephelia se convirtió en su hogar, y desde entonces han vivido allí sin afanes de conquista. No fue en sus corazones donde ardió el deseo de conquistar y unificar el continente bajo una misma bandera, sino en los de los hombres. No en el de los nativos, sino en el de aquellos que llegaron desde el gran mar del Oeste y dieron comienzo a casi dos décadas de conquista. Aquellos conquistadores eran conocidos como los brineses, y aquel que los comandaba se hacía llamar Elydio, también conocido como el León Dorado de Brieland.

Gracias a sus dotes tanto bélicas como diplomáticas, Elydio terminó fundando el mayor imperio que el mundo había conocido hasta entonces, un imperio que consiguió unir toda Nevelthia Central y que incluso llegó a extenderse hacia Oriente, más allá del mar de los Corales. Ese fue el Imperio elydiano, el cual perduró durante más de cuatrocientos años con una dinastía ininterrumpida de emperadores.

Hubo años dorados y oscuros para el Imperio, pero aun así siempre se mantuvo como el más poderoso. No obstante, por muy grandiosos que sean, los imperios están destinados a caer desde el día en que se alzan. En el año 1330 d. A., con la muerte del último emperador Artemius I el Justo, dio comienzo una guerra entre sus tres hijos conocida como la Guerra del Tridente. Los tres hermanos ansiaban con fervor hacerse con el trono de su padre y heredar su Imperio, y, sin embargo, su conflicto tan solo supuso la fragmentación del mismo. Tras tres años de incesante guerra y matanza, los tres se vieron obligados a

firmar la paz y a repartirse el Imperio fragmentándolo en tres trozos; uno para cada uno. De este modo nacieron los reinos de Dorland, Verland y Fortland, suponiendo dicha división la caída del gran imperio que sus ancestros habían forjado siglos atrás con gran esfuerzo y sufrimiento.

Catorce años han pasado desde que se le puso fin a la guerra, y desde entonces ha habido relativa paz entre los tres nuevos reinos que surgieron tras ella. Es en este momento cuando esta historia comienza.

Capítulo 1: Argar Sul

Era el decimotercer día de Última Cosecha del año 1347 después del Amanecer. Una carreta escoltada por cinco mercenarios y siete mineros enanos recorría la carretera del reino enano de Sungard en dirección oeste. Guiando esta caravana iba un hombre de tez oscura y rasgos orientales. Sus ojos eran oscuros como la noche; sus cabellos de un rizo espeso como la lana y una longitud sumamente corta, tanto que visto desde lejos parecía que tuviese la cabeza rasurada.

Conservaba los ropajes de su tierra natal, de tela sedosa y colores llamativos como el azul o el dorado. Ni una sola mancha de barro ensuciaba sus prendas, pues sus pies no tocaban el suelo. Iba a lomos de un corcel de pardo pelaje y negra crin. Los demás iban a pie, exceptuando por quien conducía el carro, el cual iba tirado por bueyes y estaba lleno de picos, palas y demás herramientas de minería.

—Descuidad, caballeros. —El oriental miró a los mineros. Estaban fatigados de tanto caminar—. Al anochecer habremos llegado a nuestro destino.

—Disculpad, señor Oswin —el más joven de ellos, un enano de aún escaso vello facial, se dirigió a él—. ¿Hacia dónde nos dirigimos exactamente?

—¡Silencio, hijo! —un enano más viejo, aparentemente su padre, saltó con un susurro alterado—. No hagas preguntas tediosas. No nos pagan por preguntar.

—No os preocupéis. —Oswin miró al padre del muchacho—. Es normal que quiera saber cuál es nuestro destino. —Volvió a mirar al frente—. Hace quince años, durante la guerra, una tropa de soldados encontró unas misteriosas ruinas cerca de la frontera con Dorland. Según los estudios de mi maestro, en esas ruinas podría haber un antiguo artefacto arcano de gran valor para sus investigaciones. Allí es a donde nos dirigimos, muchacho.

Dicho esto, el joven enano siguió caminando junto con los demás mineros. Al ocaso llegaron a la localización de las ruinas. La maleza que las rodeaba apenas dejaba ver su infraestructura antigua y deteriorada, por lo cual tuvieron que abrirse camino mediante las hachas para llegar hasta allí. Lo único que pudieron ver fueron un par de columnas rotas y lo que una vez fue la entrada, que igualmente estaba derrumbada y cubierta de plantas trepadoras.

—¡La entrada está derrumbada, señor! —dijo el capataz de los mineros; un enano ya anciano con larga barba blanca y sin pelo en la coronilla—. ¡Tendremos que retirar todos estos escombros si queremos entrar!

—¿Cuánto estimáis que tardaréis vos y vuestros trabajadores en abriros paso hasta la cámara principal? —preguntó Oswin.

—Debe de haber unas quince varas de profundidad hasta llegar a la cámara principal. Tardaremos una semana en llegar, y esperemos que la tierra no se haya desprendido dentro de las ruinas. De ser así, yo añadiría otra semana más.

—No disponemos de tanto tiempo —dijo—. Esta noche acamparemos y nos asentaremos aquí. Mañana al alba quiero que vos y vuestros hombres comencéis a trabajar. Tendréis un descanso para comer y luego seguiréis trabajando hasta que el sol comience a ocultarse. ¿Conforme?

—Conforme, señor. —El anciano enano hizo una reverencia.

—Bien. En ese caso, regresad con vuestros hombres —le ordenó—. Comenzad a montar el campamento y descansad. Mañana os espera un largo día de trabajo.

—Sí, señor. —El capataz se alejó para ir con su cuadrilla—. ¡Muy bien, muchachos! ¡Hora de montar el campamento! ¡Mañana al amanecer comenzaremos a trabajar! ¡Nos queda una semana hasta llegar a la cámara principal, así que más os vale que os acomodéis a este lugar como si de vuestro hogar se tratase!

El campamento quedó montado en menos de una hora. La tienda de Oswin fue montada más apartada de las demás. Pareció como si no quisiera mezclarse con sus empleados. Los mineros cenaron juntos y, una vez llegada la media noche, todos se fueron a sus tiendas. Los mercenarios, sin embargo, permanecieron haciendo guardia durante toda la noche alrededor del campamento. Se hizo el silencio. Tan solo se oía el canto de los grillos y la brisa nocturna acariciando las ramas de los

árboles. No obstante, de vez en cuando se oían comentarios entre susurros en las tiendas de los enanos.

—¿Qué crees que habrá ahí dentro? —la voz del joven enano se alzó entusiasmada entre el silencio—. ¿Oro? ¿Joyas, tal vez?

—Yo no estaría tan seguro, hijo —le respondió una voz brusca y adulta; la de su padre—. Ten en cuenta que es un mago, no un cazatesoros. Seguramente ahí dentro habrá algo relacionado con sus investigaciones. Nada de nuestra incumbencia, desde luego. A los magos solo les interesan los pergaminos y los escritos antiguos.

—Espero que algún día acabemos trabajando para alguien que vaya en busca de un gran tesoro oculto en alguna ciudad enterrada bajo tierra. ¡Eso sí que sería toda una aventura!

—Me recuerdas a mí cuando tenía tu edad —le respondió con tono derrotista—. Con el tiempo irás dándote cuenta de que este oficio no es tan fascinante como parece. Pocos son los afortunados que terminan desenterrando algo cuyo hallazgo tenga auténtica relevancia para el mundo. Además, dime cuántos mineros conoces que hayan recibido un reconocimiento por haber desenterrado un gran hallazgo —se hizo el silencio brevemente—. No, chico. El mérito se lo llevan quienes descubren lugares como este, no quienes los desentierran. Así es como funciona el mundo.

Oswin estuvo oyendo la conversación desde el interior de su tienda. En algunos instantes le ardió el deseo de acallarlos y recordarles la tan laboriosa jornada que les aguardaba al siguiente día; tan largo y arduo viaje lo había dejado exhausto e

irritable. Pero a su vez la lástima por aquel joven se apoderó de él, y por ello no dijo nada al respecto. Poco después se fue a dormir, y a la mañana siguiente el campamento se puso en funcionamiento para comenzar a excavar la entrada de aquellas ruinas. Mientras tanto él permaneció sentado y tomando notas sobre lo que iba observando.

—Esas columnas son del estilo arquitectónico de los An Shivel; más austero y oscuro —se dijo a sí mismo—. El arco ojival era típico en su arquitectura, como en la de los An Ephel —terminó de tomar notas—. No cabe duda, estas son las ruinas de Argar Sul. Si el maestro Voltimer está en lo cierto, la tablilla debe de estar ahí dentro.

Se fueron mostrando avances según pasaron los días. Por cada jornada estaban más cerca de abrir la cámara principal. Hubo varios desprendimientos a lo largo de la semana, pero afortunadamente ninguno de los mineros resultó herido. Entonces, al méridas de la semana siguiente, finalmente lograron retirar todos los escombros que obstaculizaban el camino de la entrada.

—¡Id a avisar al mago! ¡Decidle que hemos hallado la entrada! —exclamó el minero que iba en cabeza, y unos cuantos fueron a avisar a Oswin.

Al estos comunicarle la noticia, el mago dejó de hacer sus cosas y fue hasta la zona de la excavación realmente apresurado.

—¿Habéis llegado a la puerta? —preguntó con cierto entusiasmo.

—Así es, mi señor —contestó el minero—. Ya podemos entrar.

—¡Mirad! ¡Hay algo escrito en el umbral de la puerta! —el más joven de los enanos señaló unas escrituras talladas en la roca, y todos, incluido Oswin, miraron—. ¿Qué lengua es esa? ¿Alguno de vosotros la conoce?

—Serán escritos decorativos, como cuando nosotros tallamos runas en nuestras columnas —comentó otro minero.

—Es turëmmar, la escritura élfica —los enanos notaron pavor en la voz de Oswin—. Fue tallado sobre el umbral mucho después de su construcción. No se trata de algo decorativo, sino de una advertencia.

—¿Y de qué nos advierte?

Oswin permaneció en silencio breves instantes. Su mirada estuvo fija en la escritura, deteriorada y desgastada por las huellas del tiempo. Trató de leerla como buenamente pudo y, al terminar de hacerlo, su expresión, aunque solo duró un segundo, llenó de incertidumbre a los mineros.

—Señor —uno de ellos se le acercó—, ¿ocurre algo? ¿Qué pone ahí?

—No... no puedo comprender lo que pone ahí. Está demasiado deteriorado.

—Pero acabáis de decir que se trataba de una advertencia.

—Sí, es una advertencia, pero no sé qué quiere decir el resto —respondió sin siquiera mirarle—. Pero no debéis preocuparos por lo que ponga ahí. Seguro que no es más que alguna amenaza para mantener a los cazatesoros alejados.

Por muy alentadoras que fuesen sus palabras, el miedo y la incertidumbre se propagaron entre los mineros. Comenzaron a susurrarse los unos a los otros con estremecimiento plasmado

en sus ojos, y en todos ellos parecía arder el deseo de dejar allí sus picos y dar media vuelta. Por esta razón, poco después de que Oswin regresara a su tienda, el capataz fue a visitarle para hablar con él en privado.

—Señor, ¿no veis conveniente que dejemos de profanar este lugar si no estamos seguros de lo que pone ahí? —dijo con cierta inquietud—. Algunos de mis chicos temen que pueda tratarse de alguna especie de conjuro o... una maldición, tal vez.

—Vamos. ¿Vais a permitir que meras supersticiones nublen vuestro juicio? ¡Mi maestro os ha pagado más de veinte nagams de plata a cada uno por vuestro servicio, y vuestro trabajo es claro: excavar hasta la cámara principal para luego mandar una partida de exploración en busca del artefacto que mi maestro necesita!

—Lo sé, mi señor, pero...

—¡No hay peros que valgan, maese enano! —su tono cambió a uno más airado y alterado—. ¡Tenéis una obligación y debéis cumplirla vos y toda vuestra cuadrilla! ¡Ahora dejaos de conjuros y maldiciones y volved al trabajo!

Desagradado por la actitud de Oswin, el capataz salió de la tienda y regresó con su cuadrilla, la cual continuaba plagada de miedo y dudas.

—Debemos continuar nuestra labor, muchachos, ¡así que a trabajar! —exclamó y, acto seguido, uno de sus chicos se le aproximó.

—Bhelmir, ¿no crees que hay algo raro tras todo esto? Tú mismo has visto el miedo en sus ojos cuando ha leído esos grabados en el umbral de la puerta.

—No lo sé, Gilbur... Tal vez no sea más que superstición nuestra y no sea nada de lo que debamos preocuparnos. —Miró hacia el umbral con el ceño fruncido—. Pero tienes razón. Esa expresión no era la de alguien que no entiende unos escritos.

—¿Qué debemos hacer entonces? —Un breve silencio se produjo.

—Seguir trabajando, que es para lo que nos han pagado.

Los enanos siguieron despejando el camino hasta que la puerta quedó completamente accesible. Entraron en el interior de las ruinas acompañados de los mercenarios que Oswin había contratado para protegerlos. No obstante, él no entró, lo cual creó mayor sospecha entre los mineros. Según fueron hundiendo sus picos en la húmeda y polvorienta roca, el miedo fue creciendo en sus corazones.

Finalmente lograron llegar a la tan ansiada cámara principal tras despejar unas escaleras de piedra que descendían a través de un oscuro y ominoso pasillo. Ante tal oscuridad, Oswin pronunció desde el umbral de la puerta un conjuro en una lengua que ninguno logró comprender, y de sus manos surgió una esfera de luz que creció y avanzó hasta ellos. Aquello les sirvió de linterna a través de las sombras que los rodeaban.

Cuando la luz se hizo entre la oscuridad, muchas decoraciones antes ocultas por el manto de las sombras fueron desveladas. No fue belleza de carácter élfico lo que hallaron allí, sino más bien austeridad y terror infundido a través de los glifos esculpidos en los muros de aquel lugar. Cráneos tallados en la piedra junto con figuras monstruosas y retorcidas rodeaban a los mineros, los cuales se estremecieron aún más al ver esto.

—¿Creéis que los elfos hicieron esto? —preguntó el minero más joven.

—No, a los elfos les gusta demasiado reflejar la paz y la armonía en sus obras para haber levantado un lugar así —le respondió su padre—. Fueran quienes fueran los que construyeron este sitio, estoy seguro de que aquí dentro no hicieron nada bueno.

La luz que Oswin había conjurado los condujo hasta la cámara principal. El miedo seguía latente en sus corazones, y este fue creciendo según fueron adentrándose. Las cuatro paredes de aquel lugar transmitían terror y desasosiego por sí solas, como si la oscuridad misma morase en ellas al acecho de quienes osasen traspasarlas.

El padre del más joven de los enanos fue en cabeza liderando al grupo. Todos siguieron la luz, hasta que finalmente llegaron a la cámara principal. En ella había cuatro esculturas de lo que parecían ser elfos, cada una en un rincón de la sala. Todas ellas señalaban al centro, de modo que la esfera fue en esa dirección para otorgarles luz. Al hacerlo, una antigua tablilla de piedra sobre un altar de oscuro acero con una decoración tétrica y tenebrosa quedó desvelada. Todos quedaron inquietos.

—Aquella tabla debe de ser lo que el mago anda buscando aquí —dijo el que iba en cabeza—. Cojámosla y salgamos de aquí.

—Bien. En ese caso... ¿quién va a ser el valiente? —preguntó el más joven, pero nadie respondió. Todos se miraron entre ellos, esperando a que uno diera el primer paso—. Ay... Está bien, yo iré.

—¡No! —su padre lo detuvo nada más adelantarse—. Yo lo haré. No permitiré que mueras aquí a manos de una trampa o un maleficio.

—Pero ¿y qué hay de ti, padre?

—Yo ya he hecho todo lo que tenía que hacer en vida —respondió—. Ya tuve una esposa y traje un hijo al mundo. A ti todavía te queda mucho por vivir, y no pienso permitir que te ocurra nada mientras aún camine entre los vivos.

Tras decir esto, el viejo enano se alejó de su grupo con gran cautela y precaución en dirección al altar. Midió cada uno de sus pasos en todo momento y, de este modo, logró llegar en menos de un minuto. El altar era prácticamente de su altura, por lo cual tuvo que ponerse de puntillas para alcanzar la tablilla. El acero se había oxidado con el pasar de los siglos, de modo que hizo falta que varios de sus compañeros fueran a ayudarlo. Finalmente lograron sacarla, pero tal fue la fuerza que emplearon que esta se volvió contra ellos y los tiró de espaldas al frío suelo de piedra.

—¡Padre! ¿Estáis todos bien? —el joven enano, que había permanecido atrás, preguntó asustado.

—¡Sí, sí! ¡Estamos todos bien! —Su padre se levantó con la tablilla abrazada entre sus brazos. Tal era su tamaño que incluso cubría todo su torso.

—¿La tienes?

—Sí, la tengo. Salgamos de aquí de una vez. —Todos lograron salir y, tras esto, unos pocos fueron a la tienda de Oswin para avisarle.

—¡Señor, la tenemos! —dijo el capataz de la cuadrilla.